

leía tantos sufrimientos y tantas aceptaciones. Su pasión por la libertad le recordaba desde que se convertía en suplicios para la familia de su rey, y no tenía más opiniones que su cariño. Había conseguido entablar algunas relaciones fuera, y tres empleados en las cocinas del rey en las Tullerías, llamados Turgy, Marchand y Chretien, que aparentando patriotismo habían conseguido se les admitiese en las cocinas del Temple para prestar allí á sus antiguos amos todos los buenos servicios del cautiverio, secundaban á Clery. Este, familiarizándose con los municipales de guardia y sirviéndoles en cuanto podía las noches que pasaban en el Temple, descubría algunas veces entre ellos muestras de interés por la familia real. Hacía, tan pronto por medio de ellos, tan pronto por medio de su mujer, admitida una vez por semana á verle en el postigo, pasar billetes de madama Isabel y de la reina á las personas que las princesas le designaban, y que podían escribir por haber sustraído un lápiz á la inquisición de los comisarios, escribiendo estas raras confidencias de sus corazones en las hojas en blanco de sus devocionarios. Sus esquelas eran ajenas á todo complot, limitándose sólo á dar á sus antiguos amigos noticias de su situación, é informarse de la suerte de las personas á quienes habían querido.

A pesar de su belleza, madama Isabel nunca había permitido á su corazón otro sentimiento que el de la amistad. Pero la amistad en su alma era una pasión, y participaba del ardor y de la constancia del amor. El objeto de este tierno afecto de la princesa era la marquesa de Raigecourt, señorita de Causans, que había sido una de sus damas de honor en el tiempo de su prosperidad. Esta joven, dotada con las gracias de la corte, con el valor de la adversidad, y cuyo talento, á la vez sensato, jovial é instruido de la antigüedad, recordaba los días de Luis XIV, había sido educada con la princesa. La vida había unido sus corazones y su suerte desde la infancia. Casada, por los beneficios de madama Isabel, con un noble de las primeras familias de la Lorena, la marquesa de Raigecourt se había visto obligada á ir á unirse con su marido, que estaba emigrado. La misma madama Isabel lo había exigido por creerlo necesario, hallándose en un estado de embarazo muy adelantado, temiendo que las desgracias previstas por ella desde los primeros trastornos de la monarquía recayesen sobre otros corazones. Las dos amigas se escribían diariamente, y sus cartas manifestaban el cariño de hermanas á través de las tristes aprensiones del tiempo. Esta correspondencia, único consuelo de madama Isabel, duró hasta el día 10 de Agosto. Las últimas palabras de la princesa á su amiga hasta manifestaban en aquel último momento esperanzas de salvación que las horas siguientes habían cruelmente engañado.

Clery consiguió hacer llegar á la marquesa de Raigecourt uno ó dos suspiros de la prisión; luego el silencio de la tumba se interpuso entre aquellas dos almas, y precedió un año al cadalso.

La reina recibió y logró hacer pasar por el mismo medio algunas raras comunicaciones, todas frases de doble sentido, pero en las que se encerraban volúmenes de angustias y de ternura. Aquellas palabras sólo podían traducirse por ojos acostumbrados á leer en el corazón de donde habían salido.

Clery pudo asimismo informar algunas veces al rey del estado de las cosas públicas, haciéndole leer los diarios introducidos en el postigo con astucia, y transmitiéndole al oído los hechos del día al tiempo de acostarse ó levantarse. Cuando

faltaron estos medios á la familia real, venían vendedores de papeles públicos de confianza, y pagados por los amigos de afuera, por la noche, cuando más silencio reinaba en las calles, á vociferar arrimados á los muros del Temple los principales acontecimientos del día. El rey, advertido por Clery, abría la ventana y cogía algunas palabras sueltas de los decretos de la Convención, de las victorias y de las derrotas de los ejércitos, las sentencias y ejecuciones de sus antiguos ministros, y los decretos ó las esperanzas de su destino.

No era absoluta, sin embargo, esta privación de los papeles públicos. Muchas veces los municipales, con una cruel intención, los dejaban como por casualidad sobre la piedra de la chimenea cuando excitaban á que se matase al rey; y cuando leían estos periódicos, llegaban hasta el interior de la habitación sus amenazas y sus imprecaciones. El príncipe leyó un día la petición de un artillero que suplía á la Convención le diese la cabeza del tirano para cargar con ella su cañón, y lanzarla al enemigo. «¿Cuál es—dijo tristemente el rey al leer esta petición—el más desgraciado, yo ó el pueblo, á quien se engaña así?»

Las princesas y los niños fueron al cabo reunidos con el rey en la torre principal. El segundo y el tercer piso de aquel monumento, dividido cada uno en cuatro piezas por tabiques de madera, fueron destinados á la familia real y á las personas encargadas del servicio ó de la vigilancia. El cuarto del rey tenía una cama con cortinas, un sillón, cuatro sillas, una mesa y un espejo encima de la chimenea. El techo era de tela, la ventana guarnecida con una alambra, y oscurecida por tablas colocadas en figura de embudo, que impedían mirar á los jardines y á la ciudad, y que sólo dejaban ver el cielo. El papel pintado del cuarto del rey, como para martirizar dos veces al prisionero, representaba el interior de una cárcel, con carceleros, cadenas, grillos y todo el horrible aspecto de los calabozos. La odiosa imaginación del arquitecto Palloy había añadido con perversa malicia los tormentos de la vista á los de la realidad.

La habitación de la reina, colocada sobre la del rey, estaba dispuesta con igual escasez de luz, de aire y de espacio. María Antonieta dormía en el mismo cuarto que su hija; madama Isabel en uno muy oscuro, al lado; el carcelero Tison y su mujer en un retrete contiguo, y los municipales en la primera pieza, que servía de antesala. Las princesas se veían obligadas á atravesar esta pieza para pasar las unas al cuarto de las otras, en medio de las miradas y los cuchicheos de sus guardianes. Dos postigos rodeados de centinelas y de llaveros se encontraban entre el cuarto de la reina y el del rey, subiendo la escalera. El cuarto piso estaba inhabitado, y la plataforma que había encima del cuarto del rey estaba dispuesta para servir de desahogo; pero de miedo de que se les viese desde las casas de París, ó que su vista se alegrase con el horizonte de la ciudad, se habían construido altos tabiques de tablas para escatimar hasta el cielo á las miradas de los prisioneros.

## IX

Tal era definitivamente el alojamiento de la familia real. Tuvo ésta sin embargo una satisfacción en verse instalada en él por estar reunidos todos sus miembros dentro de los mismos muros; mas esta corta alegría se cambió en lágrimas aquella misma noche por un decreto de la municipalidad que mandaba quitar el Delfín á



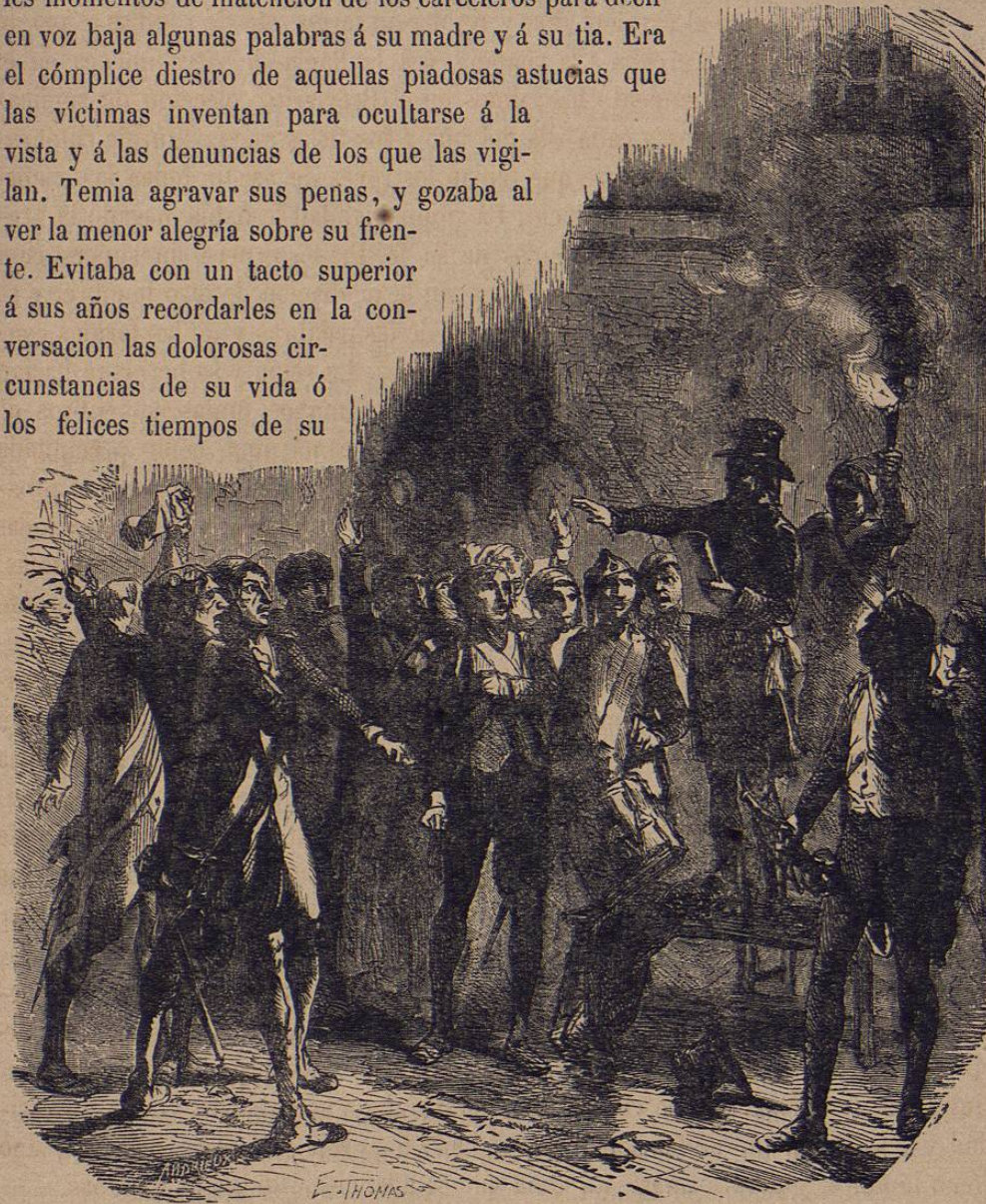
su madre y alojarle en el cuarto del rey. En vano el corazón de la reina prorumpió en súplicas y llanto: la municipalidad no quiso «que la madre alimentase más tiempo al niño con el odio á la revolución». Entregaron el niño á su padre, mientras llegaba el día de entregarlo á Simon. A pesar de todo, la reina y las princesas conservaron la libertad de ver al Delfin todos los días en el cuarto del rey á las horas de comer y á las de paseo, en presencia de los comisarios. Pareció dulcificarse su vida y reposar su dolor, como para poder respirar en aquel alojamiento. Los cautivos tomaron allí sus costumbres regulares, que recordaban el claustro de los reyes prisioneros de la primera raza.

Sólo sobrevivía al rey en Luis XVI el padre de familia. Las princesas olvidaban que habían sido reina, hermana ó hija de reyes, para recordar solamente que eran mujer, hermana ó hija de un marido, de un hermano ó de un padre cautivo. Sus corazones se limitaban enteramente á los deberes, á las tristezas y á las alegrías de familia. Esta dinastía no era más que una familia de prisioneros.

Se levantaba el rey al rayar el día, y rezaba un largo rato de rodillas al pié de su cama. Después se acercaba á la ventana, ó á la llama de su chimenea en el invierno, y leía con recogimiento los salmos en el Breviario, colección de súplicas y de cánticos indicados para cada día del año á los fieles por la liturgia católica. De este modo suplía la costumbre que tenían los reyes de asistir todas las mañanas al sacrificio del altar en su palacio. La municipalidad le había negado la presencia de un sacerdote y las ceremonias de su fe. Piadoso, pero sin superstición y sin debilidad, Luis XVI se dirigía á Dios sin la mediación de otro hombre, y se complacía tan sólo en servirse para sus rezos de las palabras y de las formas consagradas por la religión de su familia y de su trono. La reina y su hermana hacían lo mismo. Se les sorprendía muchas veces con las manos juntas, sus libros de devoción mojados de lágrimas, rezando cerca de su cama; una, como precipitada de su altura, de rodillas por el golpe de su desesperación, y la otra, como prosternada naturalmente al pié de su Dios, cuya mano reconocía y besaba en todas partes. Después de su rezo, el rey leía en la torrecilla, tan pronto obras latinas, tan pronto á Montesquieu, tan pronto á Buffon, tan pronto historia, tan pronto relaciones de viajes alrededor del mundo. Aquellas páginas parecían ocupar completamente su imaginación, ya porque fuese para él un medio de evitar la importunidad de los comisarios siempre presentes, ya porque buscase efectivamente en la naturaleza, en la política, en las costumbres de los pueblos y en su historia distracción á sus penas, instrucción para su rango ó analogías con su situación. A las nueve bajaba la familia para desayunarse con él. El rey besaba en la frente á su esposa, á su hermana y á sus hijos. Después de almorzar, como las princesas no tenían damas de tocador, hacían que Clery las peinase en el cuarto del rey. Este, mientras tanto, daba á su hijo primeras lecciones de gramática, de historia, de geografía, de latinidad, evitando con cuidado en éstas todo lo que podía recordar al niño que había nacido en un rango superior al de los ciudadanos, y proporcionándole sólo los conocimientos aplicables al destino del último de sus súbditos. Hubiérase podido decir que el padre se apresuraba á aprovecharse de la adversidad y del alejamiento de las cortes para educar á su hijo, no como príncipe, sino como hombre, y para formarle un alma que se adaptase á todas las fortunas.

El niño, precoz como los frutos de un árbol herido, parecía exceder por su

inteligencia y su espíritu á la enseñanza del pensamiento y á la delicadeza de la sensibilidad. Su memoria lo retenía todo, y su sensibilidad le hacía comprenderlo todo. Las conmociones que tantos acontecimientos siniestros habían impreso en su imaginación y en su corazón, aquellas lágrimas que continuamente sorprendían en los ojos de su madre y de su hermana, de más edad que él; aquellas escenas trágicas de que había sido testigo estando en brazos de su aya, aquellas fugas de Versalles y de las Tullerías, aquella exposición de tres días en medio de las armas, de las amenazas y de los cadáveres en la tribuna de la Asamblea legislativa; aquella prisión, aquellos carceleros, aquellas degradaciones de su padre, aquella reclusión de todos los instantes con los seres cuyas penas veía sin comprenderlas, aquella obligación de vigilar sus gestos y hasta sus lágrimas delante de los enemigos que les espían, le había iniciado como por instinto en la situación de sus padres y en la suya; hasta sus juegos eran graves, sus sonrisas tristes. Se aprovechaba de los momentos de inatención de los carceleros para decir en voz baja algunas palabras á su madre y á su tía. Era el cómplice diestro de aquellas piadosas astucias que las víctimas inventan para ocultarse á la vista y á las denuncias de los que las vigilan. Temía agravar sus penas, y gozaba al ver la menor alegría sobre su frente. Evitaba con un tacto superior á sus años recordarles en la conversación las dolorosas circunstancias de su vida ó los felices tiempos de su



Lectura del decreto de abolición del trono bajo las ventanas del Temple.—Pág. 215.



esplendor, como si hubiese adivinado que la memoria de los días felices sirve de amargura en las desgracias.

Cierta día que creyó reconocer á uno de los comisarios de la municipalidad en el cuarto de su padre, el comisario se le acercó y le preguntó si recordaba haberle visto y en qué circunstancias. El niño hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero rehusó obstinadamente responder. Habiéndole llevado su hermana á un rincón apartado del cuarto, le preguntó por qué se negaba á decir cuándo había visto á aquel comisario, y el Delfin le contestó al oído: «En el viaje de Varennes. No he querido decirlo alto, de miedo de recordárselo á la reina, y de hacer llorar á nuestros padres».

Cuando veía en la antesala de su padre un comisario más respetuoso con los prisioneros y ménos odioso á la reina que sus colegas, se apresuraba á salir al encuentro de su madre cuando bajaba al cuarto del rey, para anunciarle palmoteando que iba á tener un buen día. La vista de aquel niño enternecía casi todos los odios; la soberanía bajo la figura de un niño inocente y prisionero no tenía más enemigos que los brutos: los comisarios más prevenidos, los artilleros de la guardia, los carceleros, y hasta el mismo feroz Rocher, jugaban con el Delfin; sólo Simon le hablaba toscamente, y le miraba con ojo desconfiado y siniestro, como un tirano oculto en un niño. Las facciones de aquel joven príncipe recordaban, confundiéndolas, la gracia un poco afeminada de Luis XV, su abuelo, y la altivez austriaca de María Teresa. Los ojos de un azul de mar, la nariz aguileña con las ventanas un poco levantadas, la boca rasgada, los labios algo encorvados, la frente ancha en la parte superior y estrecha en las sienas, los cabellos rubios separados en dos ondas en lo más elevado de la cabeza y cayendo en rizados bucles sobre los hombros y hasta sobre los brazos, retrataban á su madre ántes de los años de lágrimas. Parecía que toda la belleza de su doble estirpe florecía de nuevo en aquel último vástago.

## X

Todos los días á las doce iban á buscar á la familia real para que respirase el aire del jardín. Los prisioneros bajaban á él á pesar del frío, del sol ó de la lluvia, y verificaban aquel paseo en medio de las miradas y de los ultrajes, como uno de los más rigurosos deberes de su cautividad. El ejercicio violento en los patios, los juegos del niño con su hermana en el interior del aposento, la vida regular y sobria, los estudios suaves y familiares entre las rodillas de su padre, y los tiernos cuidados de aquellas tres mujeres, le conservaban el ardor de vida y la fresca tez de la infancia. El aire de la cárcel le acariciaba hasta entónces tanto como el aire de los bosques de Saint-Cloud. Las miradas del rey y de la reina se encontraban y se consolaban sobre aquella cabeza, en donde el rigor de los hombres no impedía que la naturaleza se aumentase y embelleciese diariamente.

Rayaba ya la princesa en la edad en que la niña conoce que se hace mujer y recoge en sí misma su razón. Pensativa como su padre, altiva como su madre, piadosa como su tía, se reflejaban en su alma aquellas tres almas en medio de las que había crecido. Su belleza, esbelta y pálida como las apariciones fantásticas de la Alemania, tenía más de ideal que de material. Unida siempre al brazo y

como escondida bajo el pecho de su madre ó de su tía, parecía intimidada de la vida. Sus cabellos rubios, sueltos aún sobre los hombros como los de un niño, casi la rodeaban toda; echaba desde el fondo de aquel velo tímidas miradas ó bajaba los ojos, imprimiendo una muda admiración á los más endurecidos. Los centinelas y los llaveros se apartaban para dejarle el paso, y sentían una especie de conmoción religiosa cuando su vestido ó sus cabellos raspaban su ropa en las escaleras ó los pasadizos. Su tía completaba su educación enseñándole la piedad, la paciencia y el perdón; pero el sentimiento de su rango innato en su alma, las humillaciones de su padre y los suplicios de su madre se grababan profundamente en cicatrices que sin cesar sangraban en su corazón, donde se recogían, si no como resentimientos, á lo ménos como una eterna tristeza.

A las dos se retiraba la familia real para comer; pero las íntimas alegrías y los encantos familiares de que estas comidas son la señal en la casa del pobre les eran rehusadas. Ni aún el rey podía libremente entregarse á satisfacer el apetito que le daba su robusta naturaleza: muchos ojos contaban los bocados que llevaba á la boca, y muchos gestos se los echaban en cara. La fuerza y la salud del hombre eran una vergüenza más para el rey. La reina y las princesas comían poco y despacio, para dejar al rey el pretexto de satisfacer su apetito y prolongar la comida.

Después se reunía la familia, y el rey jugaba con la reina á aquellos juegos de naipes inventados para divertir la ociosidad de un rey prisionero; pero con más frecuencia al pensativo juego del ajedrez, juego en que las piezas principales, por sus nombres de *rey* ó de *reina* y las maniobras sobre el tablero, que tienen por objeto hacer al rey prisionero, estaban llenas de alusiones significativas, y con frecuencia siniestras, á su propia prisión. Buscaban ménos en estos juegos una maquinal distracción á sus penas que una ocasión de hablar con palabras encubiertas sin despertar el inquieto espionaje de sus guardianes. A las cuatro, el rey dormía un poco en un sillón, mientras que los niños, haciéndoles un gesto la madre, cesaban en sus bulliciosos juegos, y las princesas volvían á coger su obra de costura, reinando el más profundo silencio en el cuarto durante el sueño del monarca. Sólo se oía el pequeño crujido de la seda al frotarse las cortinas que hacían la reina y su hermana, la respiración del rey y el paso regular de los centinelas á la puerta de la habitación y al pie de la torre. Podía decirse que los perseguidores y la cárcel enmudecían, por no quitar al rey prisionero la única hora que volvía la libertad á sus pensamientos y la ilusión de los sueños á su alma. A las seis volvía el rey á tomar las lecciones á su hijo, y se divertía con él hasta la hora de cenar; después la reina le desnudaba ella misma, le hacía rezar sus oraciones y le llevaba á la cama.

Luego que estaba acostado, se inclinaba como para besarle, y le decía al oído una corta oración, que el niño repetía muy bajo para que los comisarios no pudiesen oírlo.

Esta oración, compuesta por la reina, la retuvo en su memoria y la reveló su hija: «¡Dios omnipotente que me habeis creado y rescatado, yo os amo! ¡Conservad los días de mi padre y de mi familia! ¡Protegednos contra nuestros enemigos! ¡Dad á mi madre, á mi tía y á mi hermana las fuerzas que necesitan para soportar sus trabajos!»